



# CUARTO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

**“LA BILLETERA”**

**UNIVERSIDAD POPULAR  
FEBRERO 2022**



# ÍNDICE

|                                |                           |    |
|--------------------------------|---------------------------|----|
| EL CÁNTARO DE LOS SUEÑOS       | Margarita Gozalo          | 4  |
| ROBIN HOOD                     | Isabel González           | 5  |
| ILUSTRACIÓN                    | José Delgado              | 6  |
| LA CARTERA                     | Salvador Vaquero          | 7  |
| ILUSIÓN TRUNCADA               | Ángel Rodríguez García    | 8  |
| DOBLAR LA CURVA                | José Antonio García Feria | 9  |
| ESTA JUVENTUD, NO RESPETA NADA | Belén Gómez               | 10 |
| ILUSTRACIÓN                    | Pablo Masa                | 11 |
| CONCIENCIA                     | Cela Lázaro               | 12 |
| ASÍ SOY YO                     | Blanca Fajardo            | 13 |
| DOSCIENTOS PAVOS               | Víctor M. Jiménez Andrada | 14 |
| ILUSTRACIÓN                    | Ana María Torrecilla      | 15 |
| DOS MIL PESETAS                | Joaquina Campón           | 16 |
| EL BILLETE                     | José A. Secas             | 17 |
| ILUSTRACIÓN                    | Juan Carlos Blanco        | 18 |
| ¿QUIÉN ENGAÑA A QUIÉN?         | Soledad García Garrido    | 19 |
| ROCK AND ROLL                  | Concha Ibáñez Montero     | 20 |
| EL BILLETE                     | Pilar Alcántara           | 21 |



## EL CÁNTARO DE LOS SUEÑOS

Cuando dejaba la bici en el parking, siempre se sentía tensa. Ni a sus empleadores de *Just eat*, ni a la policía municipal parecía gustarles que ella empleara una bicicleta del Ayuntamiento para hacer el reparto, pero ahora no tenía muchas otras alternativas. Estaba becada en una residencia que no tenía espacio para almacenarlas y no se atrevía a dejarla todas las noches en la calle.

Por eso siempre miraba a un lado y a otro a la hora de aparcar y, por eso, sabía que nadie la había visto recoger esa cartera del suelo. Al abrirla comprobó que no contenía ninguna documentación. Era de cuero, parecía nueva y en su interior sólo había un flamante billete de 200 euros. Alicia casi pega un bote de alegría al verlo. Como no sabía a quién devolver el dinero, lo tomaría como un regalo del cielo. La cartera también le gustaba.

Para tranquilizarse, decidió sentarse a tomar un té en una cafetería cercana. Dentro olía de maravilla y hacía calorcito. Mientras bebía, disfrutaba pensando en lo que haría con el dinero. Había un precioso abrigo estilo *Sargent Peppers* en una *boutique* por la que pasaba todos los días. Tampoco le vendrían mal unas botas nuevas y sentía una inmensa curiosidad por probar la comida japonesa. Sus compañeras de residencia hablaban de un nuevo restaurante que habían abierto en la Gran Vía, pero los precios eran prohibitivos y tampoco quería ir sola. Soñar era gratis y allí se estaba muy a gusto. Cuando fue a pagar, el camarero le dijo que acababa de abrir y no tenía cambio de 200, pero que le podía pagar más tarde.

Se pasó la tarde viendo tiendas, se probó el abrigo, algunas botas, entró en una librería y dos horas más tarde se dirigió a pagar el café con el billete todavía intacto y el corazón lleno de proyectos. Por el camino, se encontró con una señora mayor mirando bajo las ruedas de los coches, cuando le preguntó si buscaba algo, sus temores se cumplieron. Como la lechera del cuento, sintió caer al suelo aquel frágil cántaro repleto de sueños y, con cierta tristeza, le entregó la cartera a su propietaria.

La señora irradiaba felicidad e insistió en invitarla a tomar algo. Le iba a regalar a su nieto esta cartera que fue de su abuelo, con un dinerillo por su cumpleaños. A Alicia le fue imposible zafarse de la situación. Les acababan de poner un par de cervezas cuando vio que ese chico tan guapo de la Facultad de Ciencias entraba en la cafetería y se dirigía hacia su mesa.

—Te presento a Alicia—, le dijo aquella señora con mucho desparpajo. —Había perdido tu regalo de cumpleaños, ella se lo ha encontrado y me lo acaba de devolver. He pensado que se podía venir a cenar con nosotros. Un amigo me ha recomendado un restaurante japonés que han abierto en la Gran Vía.

A Alicia, esta segunda invitación le pilló por sorpresa. Iba a buscar algún pretexto para negarse, pero se fijó en la mirada que intercambiaban abuela y nieto. Era evidente que a él también le parecía una buena idea. Se había sentido a gusto charlando con aquella desconocida y era evidente que no tenía un plan mejor. Desechó todos sus reparos, sonrió y dijo que sí, que le gustaba la idea.

**Margarita Gozalo**

## **ROBIN HOOD**

Había salido del instituto un poco más temprano y andaba deprisa por el camino de tierra que atraviesa el parque, cuando tropecé con un objeto pequeño y ligero. Desvié mi mirada hacia el borde del sendero y vislumbré algo que dio un vuelco al nefasto día que llevaba. “¡Vaya suerte, eso era una cartera!” Si estuviera llena...solucionaría mi precaria economía. La cogí con disimulo y la abrí. Allí había un solitario billete. ¡Nada menos que de doscientos euros! No había nada más; ni documentación, ni otros datos que pudieran darme una pista de quién era el dueño.

Mi primer pensamiento fue quedármelos, no averiguar más y comprarme ropa, que ya necesitaba renovar mi armario. Pero de lo más recóndito de mi ser, surgió esa impertinente vocecita a la que algunos llaman conciencia, y que no nos deja en paz hasta que hacemos lo correcto. Los valores que me inculcaron mis padres desde pequeña, afloraron a mis recuerdos: “No está bien quedarse con lo que no es tuyo”, “Las cosas que se encuentran en la calle tienen dueño”. ¡Qué fastidio de conciencia, no me dejaría tranquila!

Decidí que indagaría discretamente sobre el dueño de la cartera. Entré en Facebook, chateé en los WhatsApp de grupos, presté oídos a las conversaciones del instituto. Así fue como descubrí quien había perdido semejante cantidad de dinero; y saberlo me llenó de alegría, porque se trataba de un chico que había estado acosando a alumnos más pequeños en el colegio, durante toda la Primaria. Se llamaba Raúl y era dos años mayor que yo; era el típico “abusón” que robaba el dinero, bocadillos, ropa o material escolar a otros compañeros; que amenazaba, ponía zancadillas y daba empujones a los niños que él consideraba más débiles; los humillaba e insultaba cada día. Aunque a mí nunca me acosó, fui testigo muda y cobarde de sus fechorías muchas veces. Me avergonzaba de mi silencio.

Sonreí, ahora iba a vengarme. Devolvería el dinero; pero no a él, sino a sus víctimas. Así acallaría mi mala conciencia y de paso daría una pequeña alegría a los chicos y chicas que sufrieron bullying escolar por parte de Raúl. No fue difícil encontrar sus direcciones y les envié un billete de veinte euros a cada uno. Dentro del sobre escribí una nota con una sola frase: “El Robin Hood de los acosados te devuelve lo que es tuyo”.

**Isabel González**



**Ilustración de José Delgado**

## LA CARTERA

Nunca le había tocado nada, por eso cuando se encontró aquella cartera en el suelo con el billete de doscientos euros en su interior, supo desde el principio que no se trataba de un regalo del destino. La miró con cierto escepticismo, casi con asombro, y luego observó a su alrededor que no hubiera nadie grabando su reacción para colgarla en youtube. Definitivamente aquel hallazgo era real y dependía de sus valores éticos el llevarlo a una comisaría por si su legítimo dueño lo reclamaba o meterse el billete en el bolsillo y soñar con un fin de semana de los que dejan huella. De momento se la metió en el bolsillo de su abrigo y avanzó lentamente, entre la duda de la heroicidad y el deseo de apropiarse de lo que contenía. Entonces vio venir a un señor en la distancia mirando por el suelo, se veía a todas luces que buscaba algo, y pasó a su lado tan concentrado en su búsqueda que al tropezar con ella ni siquiera le pidió disculpas. Poco después, ante su estupefacción, vio a un anciano pasar a su lado mirando también detenidamente al suelo, como si hubiera extraviado algo. Al poco tiempo fue una señora con un carrito de la compra y no mucho más tarde un joven ataviado con ropa deportiva. A los diez minutos vio llegar a otros dos jóvenes mirando por todos lados, incluso bajo los coches y luego un hombre con un mono de trabajo, y una señora ataviada como para ir de bodas.

En media hora aquello era un ir y venir de transeúntes concentrados en la búsqueda de la cartera, lo que le hizo sospechar que tal vez el billete de doscientos euros no era el único valor de la misma, o que había más dinero en su interior que no había descubierto. Quiso cerciorarse observándola más detenidamente, así es que entró en un bar cercano, pidió un café y preguntó por el baño. Se metió dentro y a salvo de miradas indiscretas, metió la mano dentro del bolsillo del abrigo para extraer la cartera, descubriendo con sorpresa que había desaparecido de su interior.

Salió del bar sin detenerse siquiera a pagar el café y se dirigió hacia el lugar donde había estado por última vez, intentando descubrir dónde se le había caído su precioso tesoro, mientras disimulaba para que no se percatasen de lo que hacía todas las personas que, igual que ella, buscaban desazonadas la misma cartera.

**Salvador Vaquero**



## ILUSIÓN TRUNCADA

Un lindo y joven perrito  
de una larga cuerda tira  
mientras Horacio le mira  
despertando despacito.  
Todas las mañanas, ambos,  
recorren el parque entero,  
Horacio, sin remisión,  
se espabila así un montón.  
En la mañana del martes  
el buen perrito husmeaba  
un objeto en el asfalto  
que Horacio divisaba.  
¡Oh, qué suerte!, exclamó,  
una cartera sin nombre  
y dentro doscientos euros  
los dioses me corresponden.  
Rauda, Horacio, se volvió.  
Después de tirar el cuero  
comenzaron los proyectos.  
Ya podría devolverle  
a su jefe el adelanto  
o comprarle un regalito  
a su novia mientras tanto.  
Su casa necesitaba  
muy buena calefacción,  
tener una gran estufa  
era toda una inversión.

Yo también merezco algo  
podría comprarme un galgo,  
quizá darme un homenaje  
y vestir de nuevo un traje.  
Mientras en estas estaba  
Horacio muy sonriente  
por detrás vino, silente,  
un hombretón con un haba  
y le dijo lo siguiente:  
—Después de mucho buscar,  
esta mañana encontré  
esa cartera que a usted  
se le debió de olvidar,  
pues estaban las dos juntas,  
el billete y la cartera,  
yo le doy a usted el haba  
y me las da sin espera.  
Y Horacio, estupefacto,  
echó mano a su bolsillo,  
sacó el billete con brillo  
en un movimiento exacto.  
De esta forma terminaron  
todos los sueños de Horacio,  
mientras miraba los brazos,  
soltó el billete despacio.

Con la cabeza entre las manos, intentando imaginar una historia sobre una cartera,  
doscientos euros y un afortunado, me salió esto de arriba... y esto de abajo.

No son graciosos, lo sé.

No son buenos, aseguro.

Al menos llenan un folio  
mientras yo me fumo un puro.

**Ángel Rodríguez García**

## DOBLAR LA CURVA

La mañana no invitaba a la facundia. Desayunó algo por cumplir, salió del piso y en el ascensor marcó la planta baja mientras se miraba en el espejo, que no reflejaba una imagen nítida. Aquel habitáculo, espejo incluido, resumía el paso del tiempo de un edificio de currantes que sufrió para formar parte de la comunidad de propietarios. Como su padre, con aquel socio que lo tangó en el negocio y arruinado vivía con una resignación extrema. Hecho que marcó sus estudios, siempre con estrechez y compaginando trabajos de mierda para seguir con la carrera. Pero eso sí, siempre mirando para otro lado, y complacientes para que nadie tuviera que decir algo malo de la familia.

Justo en el momento que paraba el ascensor notó una llamada en su móvil, era de un gestor bancario y no auguraba nada bueno. De aquella inmensa olla a presión se escuchó salir por su válvula de escape: « ¡Me cago en mi puta vida!».

Agradeció el aire de la mañana y se fijó en el gran seto bien recortado frente al portal. Unos pasos hacia su izquierda se abría y diecisiete escalones bajaban a un parque donde una chica se entretenía con su “yorkshire terrier”. Allí, al lado de un banco, divisó un objeto, se acercó y era un monedero. Pudo comprobar que no portaba ninguna documentación, albergando un billete de 200 euros. Miró alrededor y se lo guardó.

Deshizo el camino a su casa y de nuevo el espejo lo llevó hasta el fango. Aquel pago que su padre no tenía que haber aceptado en efectivo, otro pufó en el linaje, «que sí, que era mejor para todos, se cuenta, un recibo y listo». Y se contó, y se firmó el recibí pero uno amarillo chillón de 200 euros era falso, los que lo soltaron dijeron que todos eran de curso legal; era imposible colocarlo. Por eso yacía desde entonces en un cajón de la cómoda, con ese valor inmaterial, intangible, inútil total, generando mal recuerdo. Rebuscó en el cajón e hizo un cambio de billetes.

En su nueva bajada el espejo seguía marcando, de igual manera, el inexorable paso del tiempo, pero cierta neblina se había esfumado. Se acercó a la Policía Municipal a entregar el monedero, como buen ciudadano, y para que nadie tuviera que decir nada de ellos. Allí se extrañaron y le dijeron que nadie llevaba billetes, que lo habitual en objetos perdidos eran llaves, paraguas, muchos corazones rotos y alguna dentadura postiza.

Pero él pensaba solo en un cambio de tendencia, a ver si con el nuevo billete les iba mejor que con el anterior. Simplemente se trataba de doblar esa curva de su miseria siempre en ascenso.

**José Antonio García Feria**

## ESTA JUVENTUD, NO RESPETA NADA

A todos los de la pandilla de Lucía les dejaban quedarse los viernes hasta las once y, como siempre, se les había hecho tarde, por eso iban corriendo por el parque. De pronto, Lucía le dio una patada a algo que salió volando:

—Oye, venid, mirad, me he encontrado una cartera y parece que tiene dentro un billete.

Se acercaron todos protestando y Lucía sacó un billete amarillo de 200 euros.

—Eso parece de mentira, yo nunca he visto un billete así—, dice Jairo.

—Espera—, dice Celia, —que miro en internet a ver si hay billetes de 200 euros.

Les enseña a todos el móvil, con un billete igualito al que hay en la cartera:

—Tío, que es de verdad, que son 200 euracos.

—Ostia, que pastón, ¿Qué hacemos? Lo tendremos que devolver, ¿no?

—Pero si es que no hay carné, ni fotos, ni nada, ¿Cómo lo devolvemos?

—¿Y si lo llevamos a la policía por si hay huellas o algo?

—Venga chaval, ni que esto fuera el CSI, que no, que seguro que se lo quedan.

—¿Y si es de un mafioso y la está buscando?, déjala ahí.

—Sí hombre, para que se lo lleven otros.

—Tíos, yo me tengo que ir que mi madre me está llamando, me va a caer un broncazo tremendo.

—Pero ¿Qué hacemos con la cartera?

—Mira, escóndela por ahí y mañana venimos a por ella.

Lucía la enterró entre los setos y todos echaron a correr, arrollando a un señor con un perro, que se volvió a reñirles con el eterno “esta juventud, no respeta nada”.

Llegaron tarde, así que se quedaron todos castigados sin salir el sábado. El Whatsapp del grupo echaba humo, no se ponían de acuerdo, el ambiente se iba calentando y se cruzaban los audios llenos de insultos. Los padres se llamaban unos a otros alarmados sin conseguir saber qué pasaba. Total, castigados también el domingo y ¡sin móvil!

El lunes, en el Instituto, se miraban con desconfianza. Al salir de clase, sin decirse nada, echaron a correr hacia el parque, sembrando el caos en la avenida. Llegaron sofocados al árbol, buscaron por todas partes: la cartera no estaba. Entonces estalló la bronca, la gente se quedaba mirando extrañada a aquel grupo de adolescente desaliñado y gritón. Tanta algarabía se formó que alguien llamó a la policía, que no pudo entender nada. El sargento se cansó de aquella locura de hormonas en ebullición y a golpe de silbato los hizo subir a todos al furgón y se los llevó a la comisaria.

Un hombre mayor contemplaba la escena con una aviesa sonrisa. Llevaba un perro tan viejo como él atado con un collar demasiado nuevo y, arrastrando sus zapatos recién estrenados dijo bajito:

—Anda, vámonos, Tula, que aquí ya está todo el *pescao* vendido. ¡Qué juventud, no respetan nada!

**Belén Gómez**



**Ilustración Pablo Masa**

## CONCIENCIA

Martina hace sus ejercicios de calentamiento e inmediatamente sale a correr como cada mañana. Quiere hacer un buen papel en la próxima San Silvestre y eso le exige sacrificio y entrenamiento constante.

Al terminar el parque se adentra por un sendero poco concurrido.

No lleva muchos minutos cuando algo en el suelo llama su atención. Efectivamente, se acerca y ve que es una cartera. Cuando la abre encuentra que lo único que hay en ella es un billete de 200 euros.

Lo primero que piensa es lo bien que le vendrán para irse a las rebajas, así que se guarda la cartera.

Mientras sigue corriendo va pensando en el disgusto que tendrá la persona que lo haya perdido; pero no ve la forma de saber quién es su dueño. Y si lo publica seguro que aparecerá alguien que aproveche la ocasión para decir que es suyo. Así que guardará silencio, se quedará con el billete y mañana renovará su equipo deportivo, que falta le hace.

Pero, cuando vuelve corriendo por el mismo camino, ve a un anciano que, acompañado de su pequeño perro, va levantando la hojarasca con su bastón.

Sin pensárselo dos veces se acerca al anciano y le pregunta qué está buscando.

**Cele Lázaro**

## ASÍ SOY YO

Hoy se juró a sí misma, que sería el primer día de su nueva vida. Tan ensimismada estaba con sus propios pensamientos, que casi no notó algo que rozó con sus pies y que por poco le hizo perder el equilibrio. Se inclinó a cogerlo y vio que era un pequeño monedero negro, de piel, aunque muy gastado por el uso. Lo abrió y advirtió que no tenía nada en su interior, excepto cuatro billetes de 50 €. ¿Y ahora qué?, se dijo a sí misma.

Como dependienta, se tomaba muy en serio su trabajo. Nunca robó nada del supermercado en el que trabajaba. Jamás se quedó con el redondeo. Siempre advertía a las clientas de que, por confusión, le estaban dando dinero de más. Alguna vez, ocasionalmente, se compadeció de una anciana que frecuentaba el establecimiento y completó el pago, por el que la misma no contaba con el dinero suficiente, de su propio bolsillo.

Y aunque siempre la habían tachado de incoherente, de que decía unas cosas y hacía otras; de que ladraba mucho y mordía poco; de que una cosa era predicar y otra dar trigo, ella se solía defender con uñas y dientes, apelando a su enorme motivación para justificar su forma de pensar e inculcar sus valores entre los que la quisieran escuchar. Estaba profundamente convencida de que poseía unas actitudes cívicas y positivas. Mostraba, al mismo tiempo, cierto desdén hacia aquellos que ni la comprendían y, encima, la criticaban. ¡Que les den!, se decía a sí misma. Peor para ellos.

Pero... pensó, ¿de qué le había valido hasta ahora tal exceso de honradez y bonhomía? Siempre habían desconfiado de ella; nunca la tomaban en serio; la criticaban porque -decían- presumía de ser mejor que las demás. Comenzó a dudar acerca de qué hacer con un dinero que no era suyo. No era mucho, desde luego, y cualquiera podría quedarse con él si no lo hacía ella. Sintió un impulso de introducir los billetes ajenos en su propio monedero pero, repentinamente y cuando iba a hacerlo, recordó una frase que se le quedó grabada en uno de los muchos cursos de autoayuda a los que había asistido. La frase en cuestión decía lo siguiente: *“En la vida, lo más importante es ser actor y no reactor”*. Asíó fuertemente los billetes, esbozó una amplia sonrisa, entró de forma resuelta y decidida en una farmacia y depositó los 200 euros en la urna del mostrador, destinada a recoger donativos para la lucha contra el cáncer.

**Blanca Fajardo**

## DOSCIENTOS PAVOS

Nunca he visto tanta pasta junta, y tan concentrada. La cartera estaba tirada en la calle, que se encuentra desierta a estas horas de la tarde. Solo me he agachado a recogerla y he husmeado en su interior. Casi no reconozco el billete de doscientos pavos. De hecho creo que no he tenido jamás uno así en mis manos. Parece que el corazón se me va a salir por la boca. Es una mezcla de emoción y de pánico brutal, como cuando veo una peli de terror. Tiro la cartera a un contenedor, que no tiene documentación ni nada parecido, y me guardo el billete en el bolsillo.

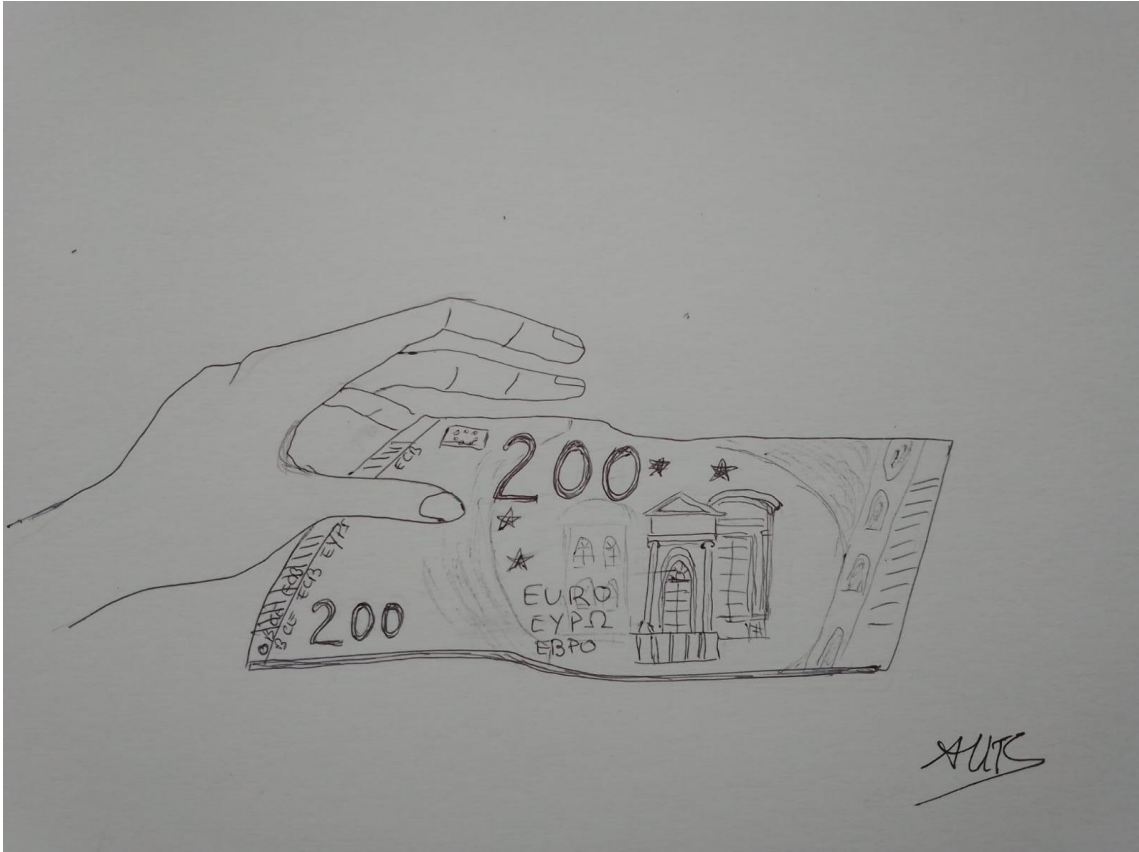
\* \* \*

En mi casa no hago ninguna referencia al hallazgo. Escondo el botín en mi habitación, entre las páginas de un cómic de Batman. Me cuesta trabajo dormir. ¿Qué haré con esa cantidad de dinero? En mi familia es muy necesario, de hecho mi padre está en paro desde hace tres años y mi madre gana muy poco fregando escaleras. Luego está el imbécil de mi hermano, el parásito, que con veinte años ni estudia ni trabaja. Mis padres siempre se quejan. Sería una ayuda muy buena y, al menos, ese mes viviríamos con más holgura. Pero, ¿y si me quedo con todo y organizo una fiesta descomunal con los colegas aprovechando que mi cumpleaños es en unos días? Sería el rey, la admiración de la peña, e incluso puede que consiguiera atraer la atención de Martita. La incertidumbre se adueña de mí. La tentación es muy fuerte, pero tengo que hacer lo correcto.

\* \* \*

Han pasado tres semanas desde que encontré la cartera. Mi fiesta de cumpleaños con los colegas ha sido histórica: burger, botellón a lo grande y hasta porros. Todavía me dura la resaca. Mis padres ya tienen edad de salir adelante por sus medios, es su responsabilidad. Por cierto, Martita besa estupendamente, y el próximo viernes me ha invitado a su casa, que se queda sola.

**Víctor M. Jiménez Andrada**



**Ilustración Ana María Torrecilla**



## DOS MIL PESETAS

Allá, por los años 50, una de las formas de leer era arrendar los libros. Existían kioscos en varias zonas de la ciudad que, por unos céntimos hacían las delicias de los niños.

María y sus amigas, cada domingo y días festivos, pasaban la mañana leyendo en la plaza del pueblo. Se pasaban las horas sentadas al borde de la bandeja del jardín. Por unos céntimos se arrendaban los tebeos. Los favoritos eran Carpanta, El Capitán Trueno, y sin dejar atrás a las novelas de hadas y princesas.

El tebeo o la novela, pasaba de mano en mano hasta recorrer todo el grupo. Julia, una de las amigas cogió una novela que llevaba a su casa para que la leyera su madre, pero se quedó con las amigas un rato, hasta leer el tebeo del grupo.

Mientras le llegó el turno, fue echando una ojeada al suyo. Y Matilde, otra de las amigas que estaba sentada cerca de ella, la observó y la notó muy nerviosa, y le preguntó.

—¿Qué te pasa?

—Nada, me voy a casa.

Se puso en camino y Matilde la siguió y le preguntó.

—Dime ¿qué has visto en la novela?

—Nada, déjame.

Matilde insiste.

—¡Si no me lo dices, voy al señor Cruz, el dueño del kiosco, y se lo digo!

En vista de que no cedía, le dejó la novela y comprobó que había dos mil pesetas entre las hojas del libro.

Matilde le dice.

—Quiero la mitad.

Julia, en vista de la actitud de su amiga, le entregó el flamante billete.

Matilde corrió a su casa y se lo entregó a su madre, la madre le dijo.

—¡De esto, chitón!

Ella se olvidó del asunto y siguió su vida.

Pero una mañana, al levantarse, vio en la silla ropa nueva y unos zapatos blancos, pocas veces los estrenaba, siempre eran los que dejaba su hermana la mayor.

Corrió a la cocina en busca de su madre y se contoneó enseñando el atuendo.

Su madre, con el dedo en la boca, le pidió silencio.

—Chitón, esto es un secreto que nos llevaremos a la tumba.

**Joaquina Campón**

## EL BILLETE

Ella pensaba: “Jo, ¿pero cómo voy a devolverla si no tiene ninguna dirección ni nada? A la policía no se la voy a llevar porque se quedan ellos con la pasta, seguro. No se va a enterar nadie si me guardo el dinero y tiro la cartera en esta papelería, por ejemplo. ¡Ale, a *tomá poculo!* Lo malo es que no me puedo presentar en cualquier sitio con un billete de 200 porque se van a mosquear. Ya sé, me lo ingreso en la cuenta y luego... bah, eso deja rastro y no me *ape* que mis viejos se enteren de esta movida. Me voy a fundir la pasta en el botellón del viernes. Seguro que Ana y Celia sabrán dónde cambiar el billete. Qué pasada. Creo que me voy a comprar alguna cosita y todo, en plan regalo que me haga por mi ¡buena suerte! En cuanto llegue a casa y cargue la maldita batería de esta mierda de móvil se lo cuento a... Creo que mejor a Celia y luego a Ana. Tía, qué pasada, qué fuerte”.

La adolescente se cruza con una señora.

—Chica, se te ha caído un papel ahí más arriba y ese muchacho de la capucha blanca que corre allí -señalando con el dedo la calle arriba- lo ha cogido del suelo y mira por dónde va ya...

—Ostias, el billete.

**José A. Secas**

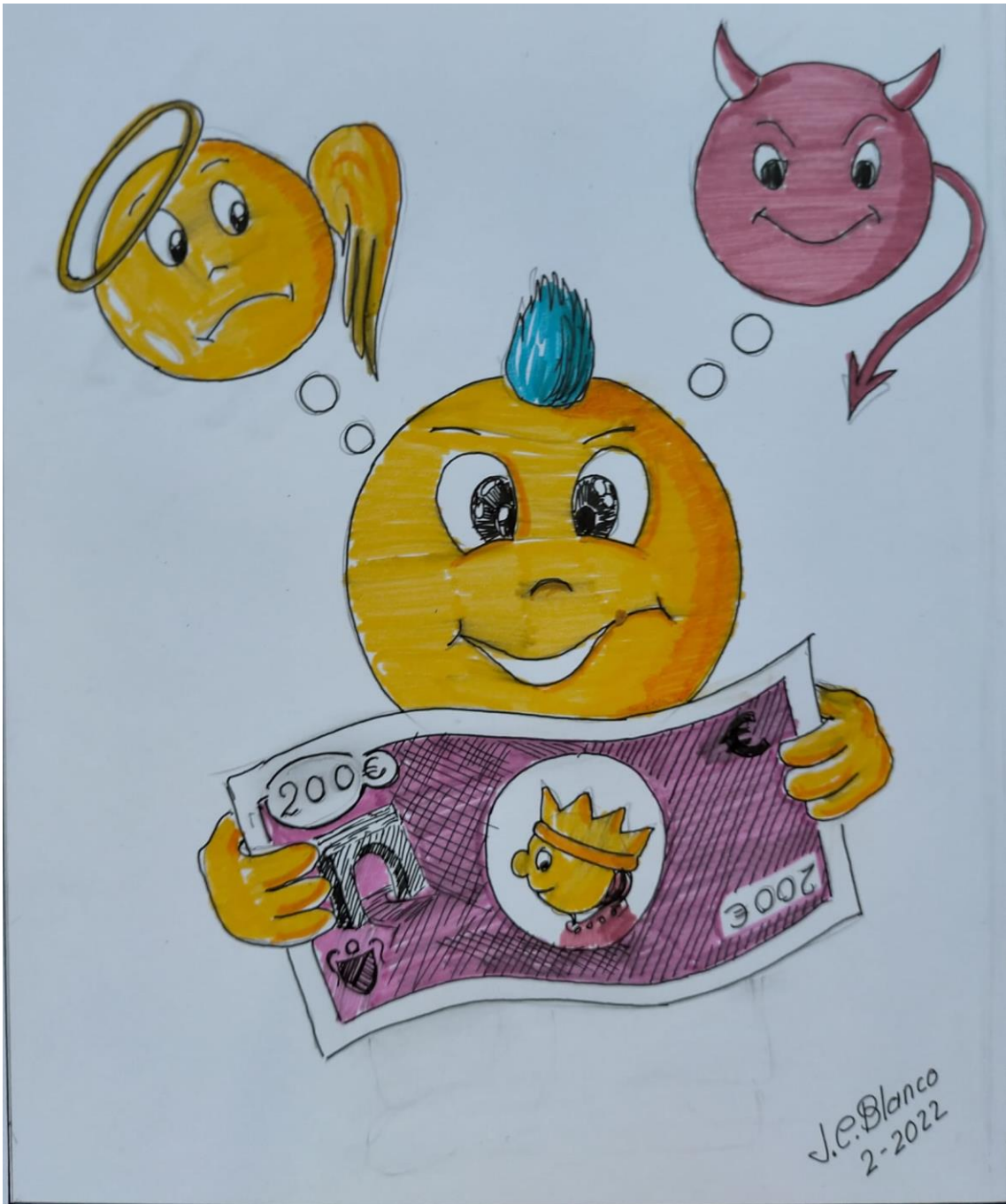


Ilustración Juan Carlos Blanco

## ¿QUIÉN ENGAÑA A QUIÉN?

A Pablo le escama el trato, y no le vale que Dimas le recuerde que siempre le quedan las matemáticas y por eso no le cuadran las cuentas. Marta le da la razón a Dimas, pero a Pablo le parece que lo hace porque es la novia de su amigo y pretenden engañarle entre los dos.

Le da rabia retrotraer la memoria al momento en que se encontró la cartera, en las escaleras del Arco de la Estrella. Entonces, fue tanta la alegría de descubrir aquel billete dentro, que no le preocupó compartirlo con sus dos amigos. Al fin y al cabo, iban los tres juntos, aunque fuera él quien se fijara en la cartera. Darían buena cuenta de unas buenas cervezas en la Sureña.

*Cien para ti*, había dicho Dimas. *Y cincuenta para Marta y cincuenta para mí*. Pero Pablo no hace más que darle vueltas al resultado. Ha estudiado bien las fracciones. Dibuja en el aire una tarta dividida entre tres y ve su porción, la tercera parte, volando, desgajada del conjunto. Saca el móvil para asegurarse y hace la división en la calculadora.

—Tocamos a 66,66 euros. Sabía que intentabais quedaros conmigo.

—Pero...

—Nada, nada. Cambiamos el billete y nos quedamos cada uno con sesenta y seis euros. Le dejamos el par de euros restante al músico de Pintores, a ver si nos da suerte.

Marta y Dimas se miran. No entienden el cate de Pablo en matemáticas. En realidad, es un crack. Un gran amigo. De repente, Pablo cae en la cuenta:

—No va a poder ser, amigos. Retiro lo dicho. Hoy es lunes y cierran la Sureña. Una pena.

Se guarda el billete y sube por Pintores. Le ha venido a la cabeza una tienda recién inaugurada en la calle San Pedro. De camino, echa la cartera en un buzón. ¡Aquellos pantalones del escaparate le deben de sentar como un guante!

**Soledad García Garrido**

## ROCK AND ROLL

Coral quiere comprarse unas deportivas de cien euros. Su madre ya le ha dicho que NO. Que mire en el mercadillo, que no está la economía para excesos. Coral está enfurruñada y camina cabizbaja por una calle solitaria. De pronto, oculta tras unos papeles, ve una vieja y ajada billetera. Con curiosidad y un poco de asco, Coral coge la billetera y la abre. Su corazón se pone a mil... Allí hay dinero... mucho. Pero no le parece oportuno contarle en medio de la calle.

Camina ligera hasta su casa, y se encierra en su cuarto. Abre la cartera con cuidado. Solo hay dinero. Ni tarjetas, ni carnets, nada. Solo billetes de cincuenta, de veinte, de diez y de cinco. Cuenta precipitadamente: cincuenta, setenta, ciento diez, ciento cuarenta, ciento ochenta, doscientos euros.

El dinero no tiene dueño. Sus zapatillas están ahí. Al alcance de la mano. Y además, dinerito fresco para derrochar, quizá tomarse una hamburguesa. O una copa en ese bar de postín, e invitar a alguna amiga.

Pero ¿y si ese dinero pertenece a alguien que lo necesita de verdad? Alguien que iba a comprar comida para sus niños. O un pobre anciano que tenía que pagar sus medicamentos en la farmacia. Total, las zapatillas son un capricho. “Sí, pero todas mis amigas las tienen iguales. Y yo seré la única que no las lleve”, piensa.

Coral está sumida en un mar de dudas y contradicciones. La cartera no tiene ningún nombre. Podría ser que al final el dinero no regresara a su dueño. ¿Qué hacer? Si el dinero hubiera estado suelto en la calle no lo habría dudado, pero esa cartera se parecía tanto a la del abuelo...

Han pasado tres días. Coral está en su habitación tumbada en la cama, mirando al techo. Lleva sus viejas zapatillas. Finalmente llevó la cartera a las oficinas de la Policía Local. Pudo más su sentido del deber que sus ganas de estrenar.

Acaba de llegar su madre. Viene contenta. Trae una caja que entrega a Coral. La caja contiene las zapatillas que tanto desea.

*¡Mira hija. Qué contenta estoy! dice su madre. Antonio el viejecito al que cuido me ha dado hoy una propina de 100 euros. Pensaba hacerlo antes, pero había perdido su cartera con el dinero, después de haber ido al banco. Por suerte, alguien se la encontró y se la llevó a la policía. ¡Qué suerte hemos tenido! Venga, vamos a cenar. Que también he traído unas hamburguesas.*

Coral sonrió feliz y se sintió en paz con el mundo.

**Concha Ibáñez Montero**

## **EL BILLETE**

“No es culpa mía, haber encontrado este billete”, pensó el muchacho. Miró sigilosamente a su alrededor y advirtió que no había nadie que estuviera observando su hallazgo, así es que se guardó el billete de 200 euros y tiró la cartera a la papelera que había en la esquina de la calle. Al girar hacia la plaza, que estaba cerca de allí, vio a una mujer que corría con la cara desencajada en dirección hacia él. “Es ella”, pensó, mientras temblaba por dentro. Ya había construido un buen puñado de sueños en los pocos pasos que había dado mientras frotaba sus dedos con el tacto del billete. Dudó unos minutos. No sabía si parar a esa pobre mujer y decirle que él tenía el dinero, o dejarla pasar y olvidarse de ella. De todos modos, no sabía cómo le iba a explicar lo que había hecho con la cartera. Sin duda, sabría que él había deseado apoderarse del billete, porque si no, hubiera guardado la cartera y se hubiera dirigido a la comisaría más próxima. Durante unos segundos dudó, pero al final, la conciencia le sacudió por dentro y decidió salir corriendo detrás de la mujer: “¡Señora, señora, ¿está buscando algo?!”. “Sí”, dijo la mujer. “¡He perdido las llaves, creo que las he debido de perder por aquí!”. El muchacho suspiró aliviado y acompañó a la señora a buscar sus llaves. “Es una señal”, pensó. El billete es mío. Es solo mío. Y se fue andando, lleno de felicidad, a cumplir aquellos pequeños sueños que, en realidad, no eran suyos.

**Pilar Alcántara**